

EN MEDIO DEL MUNDO ESTÁ MI LUGAR COMO CREYENTE

Por Eva Escribano.
Diócesis de Brcelona

Esta barcelonesa de adopción, participa en distintas plataformas sociopolíticas a las que ha llegado tras una reflexión creyente de la realidad, y una respuesta a la llamada que Dios le hace a colaborar en la construcción del bien común.

Me llamo Eva Escribano, tengo 56 años, nací en Valladolid y vivo en Barcelona. Estoy casada y tengo dos hijos mellizos. Estudié derecho y soy funcionaria en la Administración de Justicia. Soy católica, creo en Dios, Padre, que nos tiene preparado un Reino de Amor para todos sus hijos, incluidos los más díscolos; creo en Jesús que nos marca el modo de construir ese Reino aquí y ahora; y creo en el Espíritu, empujando firme o soplando suavemente donde menos se lo espera.

Soy miembro de Acción Católica General en un grupo de la parroquia de Santa María del Mar.

Y por todo eso creo que es en medio del mundo donde está mi lugar como creyente.

Mi vida de fe comenzó en mi familia y en la parroquia de mi barrio. Si bien mi marido también es creyente, de mi parroquia, la mayoría de mis amigos y amigas no lo eran. En la parroquia teníamos grupos de revisión de vida. Hacíamos un proyecto personal, lo revisábamos y adquiríamos compromisos. Montamos una escuela de formación social y también formaba parte de Justicia y Paz, en la que un grupo de jóvenes y adultos de diversas procedencias profundizábamos la Doctrina Social de la Iglesia.



Al mismo tiempo que en mi grupo de vida parroquial, participaba en una asociación laica de tiempo libre en la que me sentía llamada a compartir valores, allí fui monitora de niños, niñas y jóvenes y también responsable de formación. Me resultaba gratificante llevar los temas centrales de mi “vida de creyente” a mi “vida de laica”: la solidaridad, la paz, la generosidad, la pobreza, la necesidad de construir un mundo mejor formaban parte de las actividades que preparaba para niños y jóvenes. Si bien casi todo el resto de los miembros de mi comunidad se dedicaban a tareas intraeclesiales (catequesis, animar

grupos, liturgia), siempre me sentí llamada a permanecer cerca de los no creyentes, manifestar entre ellos mi fe como algo normal y no rehuir todas aquellas conversaciones en que apareciera el tema religioso.

Después vino la vida adulta, el matrimonio, las oposiciones y los hijos. En cuanto comencé a trabajar me afilié a un sindicato, a Comisiones Obreras. Me pareció absolutamente lógico que mi vida laboral fuera paralela a la participación sindical y además integrarme en un sindicato de clase. Es decir, un sindicato que participara de las reivindicaciones de todos los trabajadores y trabajadoras desde una perspectiva global dentro y fuera de la empresa y no a un sindicato corporativo, más pendiente únicamente de lo propio. Con el tiempo me propusieron ser delegada a tiempo completo y acepté. Ser delegada me permite estar cerca de las personas concretas y con problemas; escuchar, comprender, ayudar, percibirlos como hermanos y hermanas. También negociar y buscar mejoras colectivas y me da acceso, además, a mover conciencias denunciando situaciones de injusticia y planteando “mi versión de lo que sucede en cada momento”, es decir, hacer una lectura creyente de la realidad, traducirla a un lenguaje no religioso y ofrecerla para ser compartida.

Mis compañeros de trabajo conocen mi vida de fe, la respetan, a veces se burlan con muchísimo cariño, y yo bromeo con ello invitándoles a convertirse. Les digo con mucho humor que muchas veces son más cristianos que yo y que solo les falta reconocerlo.

En Barcelona, mi marido y yo nos integramos en una comunidad de inspiración ignaciana. Conocer más a los jesuitas me ha ayudado a creer que precisamente la frontera entre creyentes y no creyentes es un lugar en el que los cristianos debemos estar. El grupo de hermanos y hermanas en la fe es un hogar calentito, más acogedor que la intemperie de un mundo en que el hecho religioso queda relegado a lo privado cuando no está directamente rechazado.

La militancia sindical me llevó a considerar que era necesario un paso más en la militancia religiosa. Cambiar el mundo, buscar el bien común, reconocer las injusticias exige actuar con herramientas más globales y por ello me decidí a afiliarme a un partido polí-

tico. Trabajar por un mundo más cerca del proyecto de Dios para el mundo con hombres y mujeres de buena voluntad.

Tenía claro que ningún partido puede considerarse “el partido cristiano”, ya lo dice la Doctrina Social de la Iglesia, pero ¿cómo decidir en qué partido integrarme? Busqué un partido que tuviera el bien común como una prioridad, con preferencia por mejorar a aquellos que menos tienen. Además, era necesario que hablara de combatir las desigualdades y era importante para mí que efectivamente pudiera poner en práctica aquello que mantenía como principios, es decir, que pudiera gobernar.

Elegí el Partido de los Socialistas de Cataluña (PSC). Desde luego no digo que sea la única opción, pero fue la que yo escogí. Formo parte de una agrupación, estoy en su ejecutiva, me he integrado en la corriente de Cristianos Socialistas. Elaboramos algunos documentos, presento enmiendas a documentos o propuestas con las que se elaboran los programas electorales, estoy en un grupo feminista en el que voy aprendiendo la importancia de la igualdad y la historia de lucha que hay detrás en ese terreno... También allí mi ser creyente es conocido y respetado.

El tema de la misión de los laicos y laicas en los lugares en los que nos movemos rodeados de personas creyentes y no creyentes, la necesidad de construir junto a estos últimos el Reino de Dios aquí y ahora, el testimonio con obras y palabras precisamente allí donde no conocen a Jesús me parece fundamental. Formo parte de un grupo de trabajo dentro de ACG que se llama “Testigos en el Mundo” al que han encomendado trabajar esta cuestión: la presencia de los y las laicas en el mundo. Llevamos un curso discerniendo cómo ofrecer herramientas a los grupos para que este envío a la misión sea más real y efectivo.

Creo que para los laicos participar en la vida política, entendida como los espacios en los que se toman decisiones efectivas y se llevan a la práctica es imprescindible, una obligación. Cada uno en función de sus capacidades y habilidades, es decir, en función de los dones recibidos. En cuanto al efecto de esta participación.... Yo confío en el Espíritu.